

JAVIER LLAUSÁS: EMPRENDEDOR DE LA PAZ

Andrew Paxman

¿Es posible ser empresario y altruista a la vez? ¿Es congruente practicar los negocios y predicar la paz? Hay una larga tradición ideológica en México que contestaría a ambas preguntas con un contundente “no”. Como apuntó Enrique Krauze en *La presidencia imperial*, *capitalismo* era una palabra maldita en los años sesenta, y en ciertos rincones de la academia y la prensa la idea de que los empresarios son una clase sospechosa sigue siendo un artículo de fe.

Los que buscan una respuesta menos ideológica y más empírica a esas preguntas bien podrían fijarse en Javier Llausás. Egresado del Tec de Monterrey y radicado desde 1989 en Culiacán —donde tiene una empresa de servicios de refrigeración llamada Thermo King—, Llausás no tiene un nombre que suena afuera de su natal Sinaloa, lo que se debe en gran medida a su notable modestia. Sin embargo, Llausás ha dedicado buena parte de sus 55 años de vida a promover el deber comunitario entre los empresarios del estado. Ha ejercido como presidente de la filial de Coparmex y ha participado como consejero en varios organismos estatales que promueven el emprendimiento, la seguridad pública y la democracia electoral.

Sobre todo se ha comprometido a combatir la maldición de la violencia que ha manchado el nombre de Sinaloa y hecho que Culiacán se encuentre cada año entre las cinco ciudades más violentas de la nación, medida por tasa de homicidios, según el Consejo Ciudadano para la Seguridad

Pública. En 2011, con la ayuda de ocho pares de la iniciativa privada, Llausás lanzó una atrevida estrategia para rescatar Altata, en el municipio colindante de Navolato. Altata era una meca turística de los culiacanenses de clases media y popular, a la que en tres años una tendencia criminal —homicidios, robos, asaltos a turistas— había transformado en pueblo fantasma. Su policía ya no funcionaba, los agentes eran asesinados o huían. Fuentes locales culparon a una lucha entre bandas afiliadas a los cárteles de Sinaloa y de Juárez.

“Rescatemos Altata” empezó por convencer al secretario de Seguridad Pública de Sinaloa, Francisco Córdova Celaya, de mandar elementos de la policía estatal a detener a los delincuentes. En pocas semanas arrestaron a 95. Luego se organizó una caravana de 300 vehículos para ir a Altata un fin de semana y recuperar el pueblo en forma tanto simbólica como física. Los mil participantes llenaron sus restaurantes y disfrutaron de su malecón. Sentaron un precedente, ya que el equipo de Llausás y las autoridades locales revivieron o establecieron toda una serie de eventos para seguir recuperando a los turistas, así como el Festival de Jaiba o los concursos de papalotes y castillos de arena. Hoy, Altata continúa buscando gozar su libertad y su turismo.

Pero estos esfuerzos no eran suficientes. Llausás vio en los expedientes de los delincuentes que casi todos tenían entre 17 y 25 años; habían ganado 1,500 pesos por coche robado o un sueldo fijo como “halcones” para los cárteles. Se dio cuenta de que para asegurar una paz duradera tendría que proveer alternativas para esos jóvenes. Con el apoyo de Córdova Celaya y del organismo australiano Instituto de Economía y Paz, e inspirado por el programa Tijuana Innovadora, Llausás y sus amigos empresarios ayudaron a los pueblerinos a establecer pequeños negocios para rentar kayaks y jet skis o para operar farmacias. Uno de los nueve, un ingeniero colaborador de la NASA, llamado Eduardo

El noreste estaba por debajo de los datos nacionales de violencia hasta 2009, esto cambió por el incremento de la tasa de homicidio para Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas.

Guizar, concibió el proyecto *Near Space Explorers* para involucrar a los alumnos de la prepa local en la construcción de microsatélites, impulsados por globos de helio. Varias docenas de jóvenes locales han participado en él.

Fue por medio de “Rescatemos Altata” que Llausás recibió una invitación a emplear sus instintos emprendedores y filantrópicos —aunque él prefiere el término *responsabilidad social* a *filantropía*— para proyectos de más amplio espectro. El ofrecimiento vino de Alberto Coppel Luken, uno de los cinco hermanos dueños de la cadena minorista nacional Coppel y amigo suyo desde la prepa. Coppel Luken lo invitó a dirigir los programas sociales de su Fundación C1, que ya tenía un programa ambicioso para rescatar los 1,150 parques públicos de Culiacán y Navolato, la gran mayoría de ellos descuidados. En abril de 2014, Llausás aceptó.

“Parques Alegres” ha resultado un largo trabajo en elaboración. Coppel Luken y Llausás comparten la visión de que un parque puede ser un sitio fundamental para promover el “tejido social” de una comunidad, pero para sostener cualquier plan de recuperación hay que involucrar a los lugareños. Hay que guiarlos sobre cómo trabajar primero entre ellos mismos y, segundo, con los municipios y la iniciativa privada. Así, la Fundación C1 emplea a 23 asesores para cultivar proyectos de rescate en 50 parques cada uno. Empiezan por tocar timbres y convencer a los vecinos de formar comités. Luego estos presentan sus planes a las autoridades y empresas locales. Los fondos para mejorar los parques vienen de estos tres grupos, no de la Fundación C1, cuyo rol es el de asesorar. Hasta la fecha se han formado 800 comités, de los cuales Llausás calcula que unos 450 están funcionando bien.

Ahora la Fundación C1 opera unos ochos programas sociales y quizá el más ambicioso es “Culiacán Participa”. Enfocado por lo pronto en las seis colonias más afligidas por el crimen, el programa emplea un acercamiento multifacético para restaurar el tejido social local. Escuelas y empresas, parques y calles, todas son objetos de estudio y blancos de un remedio tanto económico como social, como el que funcionó en Altata. Unas 30 organizaciones ya están involucradas. No solo buscan cómo capacitar a

jóvenes, generar empleos y recuperar espacios públicos, sino que ofrecen servicios sociales como consultas médicas.

Llausás sueña con una Culiacán libre de violencia, donde cada joven tenga la perspectiva de un trabajo digno. Es un sueño obstaculizado por eventos de fuerza mayor. En 2008, Culiacán se volvió un campo de batalla entre el Cártel de Sinaloa de Joaquín Guzmán y sus exsocios, los Beltrán Leyva. Entre 2012 y 2015 la cuota de sangre disminuyó en alguna medida, pero a partir de enero de 2016, con la (tercera) detención de Guzmán, y aún más desde su extradición a Estados Unidos, la batalla por Culiacán se ha intensificado, en parte debido a una lucha interna en su cártel. Otro obstáculo ha sido la apatía de muchos culiacanenses. Como observa una reportera local: “La violencia ha sido normalizada. La gente tiende a respetar al narco”.

No obstante, Llausás piensa a largo plazo. Menciona Medellín, exfeudo de Pablo Escobar y por décadas una de las ciudades más violentas de las Américas. Desde hace doce años —gracias en parte a la participación de la iniciativa privada— Medellín ha visto notables mejoras en la calidad de vida a todo nivel socioeconómico; ya goza de una reputación como ciudad innovadora y destino turístico. Más cerca de casa, Ciudad Juárez ha logrado bajar su tasa de homicidios notablemente, con la ayuda de proyectos sociales en los que trabajan juntos los ciudadanos, los empresarios y las autoridades. Según Llausás, esa es la triple alianza que con mayor eficacia puede asegurar la paz.





Foto Luis Brito

< Javier Llausás Magaña